

C O N F E R E N C I A S

27 - FEBRERO - 1953

PROBLEMAS ACTUALES DE LA AGRICULTURA GUIPUZCOANA

Antecedentes.-Rotaciones clásicas.
Actuales tendencias.-Posibles soluciones
-Ensayo sobre la psicología
del casero guipuzcoano.

por

JOSE M.^a BUSCA ISUSI

Aunque el autor abre su disertación ofreciendo un estudio sencillo del agro guipuzcoano y sus problemas, consigue interesar al auditorio con abundancia de datos concretos, precisos, muchos de ellos vividos u observados sobre el campo.

De un amplio y acertado sentido práctico en sus apreciaciones, el señor Busca sabe soslayar la parrafada farragosa para tocar los puntos sensibles de nuestros problemas agrícolas. En la forma sencilla que caracteriza su personal estilo, desarrolla el tema de su charla imprimiendo una vigorosa intensidad a su pensamiento y estudio cuando alcanza a tocar problemas vitales en la economía actual y venidera del caserío.

Sumamente interesante el estudio que hace del casero guipuzcoano en cuya vida llega a ver reminiscencias ancestrales claramente definidas. Sin hacer de nuestros caseros una apología dulzona y fácil, a lo Pierre Loti, el señor Busca

sabe enfocar la defensa de una vida cuya necesidades y problemas son, todavía, mal comprendidas por el hombre de la urbe.

Quisiera, con estas mis primeras palabras, quitar la impresión que pueden tener, de haber venido a oír una serie de datos técnicos, junto con un farrago de cifras, toneladas, hectáreas o pesetas.

Mi aspiración, es sencillamente, hacer un pequeño estudio de la actual situación del casero y del caserío, frente al momento técnico y económico y hacer un intento de previsión sobre la inevitable evolución que tienen que sufrir.

Finalizaré, con un pequeño y fragmentario trabajo sobre la idiosincrasia del casero frente al complejo ganadero-agrícola.

No van a oír, pues, grandes cosas. Entre lo que yo diga, habrá muchas cosas muy susceptibles de discusión y si tal discusión prendiese, me daria por satisfecho.

Creo, que si todos salimos de una simple actuación crítica y tratamos de intercambiar con nuestros vecinos nuestras ideas, facilitaremos mucho la comprensión de los diversos problemas que como a guipuzcoanos nos afectan. Y este es el camino que voy a intentar seguir.

Cuando surge ante nosotros un problema que afecta al agro guipuzcoano, sentimos en nuestro interior sensaciones de diversa índole.

Yo creo que la primera es sentimental. En el caserío tenemos la mayoría de nosotros nuestras más inmediatas raíces. Somos ramas urbanas de un tronco, que durante milenios ha permanecido en su terreno, luchando en un ambiente hostil, contra toda clase de dificultades. Así se explica esta mezcla de amor, compasión y orgullo que sentimos por esos allegados nuestros que han permanecido en el caserío prosiguiendo una lucha milenaria, que nosotros hemos soslayado.

Sentimos ante el caserío, emociones estéticas, pues él es la mayor parte de nuestro paisaje y surgen preocupaciones económicas por sus muchos miles de moradores y por los muchos cientos o mejor miles de millones de pesetas que representan los aproximadamente 12.000 caseríos diseminados por nuestra pequeña Guipúzcoa.

Esta diseminación por todos los montes, es cosa antigua y que al parecer lo llevamos en la sangre. En el transcurso de la Edad Media y como mejor medio de defensa contra banderizos y guerras, aumentaron en tamaño y número las pequeñas agrupaciones urbanas. Restablecida la situación, no ha habido grandes cambios hasta la reciente era de industrialización.

No es de extrañar, con tanta tradición rural, la intensidad de nuestros afectos por el caserío.

Sobre la agricultura guipuzcoana se ha escrito desde hace mucho tiempo. Sin remontarnos a citas lejanas, recordaremos los trabajos de los Amigos del País y del P. Larramendi durante el siglo XVIII. Como trabajos posteriores directamente relacionados con esta charla citaremos los de Laffite y muy recientemente los trabajos resúmenes que Gallastegui y Ruigómez presentaron en 1942 con motivo del Concurso Agrícola de Tolosa.

Como en todos estos trabajos se dan los suficientes datos para poderse hacer una idea de la vida de nuestros caseríos, no entremos en ella, pues el hacerlo nos haría caer en la repetición cuando no en el plagio.

Entrando ya en tema, diremos la cosa ya de sobra conocida que desde la

introducción del maíz en nuestro país, la agricultura guipuzcoana ha estado girando alrededor de la alternativa maíz-trigo-nabo, alternativa que se desarrolla en dos años. Esta alternativa, juntamente con el aprovechamiento de los prados naturales, ha proporcionado al casero base para el desarrollo de su economía.

El trigo ha sido siempre escaso en nuestra tierra. Desde hace siglos, vienen las lamentaciones por su falta. Esta carestía se explica por hacerse su cultivo en terrenos por la general pequeños, accidentados y exigir esfuerzos, labores y tiempo desproporcionados al rendimiento.

El restablecimiento de nuevos terrenos trigueros en América y Australia, la navegación a vapor, la apertura de ferrocarriles y carreteras, originaron una baja de precio en el cereal. Paralelamente, el cultivo empezó a mecanizarse y en las grandes explotaciones es ya total. La baja del precio, empezó a hacer antieconómico su cultivo en Guipúzcoa y hasta el Estado Español tuvo que proteger con aranceles fuertes a regiones secularmente cerealistas como Castilla.

Esta situación de exceso de trigo, culminó hacia 1929, en que el mundo no sabía qué hacer con el trigo sobrante.

No es de extrañar que ante tal situación fuese decayendo el área triguera guipuzcoana. La reducción empezó por los valles y en 1936 empezaba a alcanzar el Goyerri.

Los eventos entre 1936 y 1945 trajeron las escaseces que creo estarán en la mente de todos. Tal situación obligó a un aumento del área cultivada, para proporcionar el pan diario —que ya no se podía comprar en la panadería o molino— y cumplir con el absurdo cupo que se les exigía.

Este problema parece que ha entrado en una fase de normalización, por desaparición de muchas dificultades de origen bélico.

Por otra parte, una política gubernamental más realista y práctica está fomentando de nuevo el cultivo del trigo en sus zonas tradicionales. Esta política, garantiza un precio de unas 4 pesetas el kilo y este precio, que es bueno para el labrador del interior, torna de nuevo en antieconómico el cultivo del trigo guipuzcoano.

Vemos difícil, que salvo nuevas y anormales circunstancias, vuelva a aumentar su extensión en nuestra tierra.

En el interior, la mecanización es cada vez mayor, nosotros apenas si podemos hacerla y no creo que nuevas semillas y abonados más racionales, sirvan para salvar la diferencia.

A mi modo de ver las cosas, el trigo camina a su desaparición en las alternativas guipuzcoanas. Hace ya bastante tiempo, que la rotación clásica está siendo sustituida por la de maíz y leguminosas para forraje.

Hace ya bastante tiempo hubo otra alternativa de habas-nabo-maíz. Las habas antiguamente fueron muy populares, especialmente entre la gente dedicada a trabajos penosos, como ferromes y carboneros. Hoy casi han desaparecido de la pitanza diaria. Incluso en Álava —su tierra clásica—, han sido sustituidas por las patatas. En nuestro País, sólo se cultivan con intensidad en la zona media de Navarra.

Otro cultivo tradicional, ya desaparecido, es el del Lino. No se le dedicaba mucho terreno, pero no faltaba en ningún caserío.

La introducción del algodón y lo esquilmando de su cultivo acabaron con él, resultando para el casero más cómodo y barato la compra de telas.

Este cultivo del lino, tenía la característica etnográficamente interesante, de ser de incumbencia totalmente femenina, desde la preparación del terreno y siembra, hasta la confección del tejido.

Otra planta, que antaño debió estar mucho más extendida que en la actualidad, era la vid. En relatos antiguos, es frecuente hallar citas de viñedos, sitos en lugares que desconocen en la actualidad tal cultivo. Los vinos de nuestro País, muy agrios, no pudieron competir con los de Navarra y Rioja, cuando se abrieron las carreteras y se establecieron los ferrocarriles.

La vid, en la actualidad, se defiende en pequeñas zonas de la costa, donde la bondad de sus caldos permite competir con los mejores de otras zonas.

Marcha similar a la vid parece que está llevando el manzano de sidra, pues el consumo de ésta en el interior de Guipuzcoa está bajando mucho.

En el consumo de la sidra, se está produciendo un hecho curioso. Mientras los naturales del País la van dejando, los núcleos de inmigrantes, de áreas no sidreras (extremeños, leoneses y castellanos) son grandes consumidores de ella.

Hace pocos meses, preguntaba a un mocete ribereño que había estado probando fortuna en la flota pesquera de Pasajes, qué cosa era la que le había gustado más de Guipuzcoa y sin titubear me contestó: la sidra.

Decadencia grande tiene entre nosotros el castaño, en otras épocas tan generalizado. Cuando Urquijo Landaluce desde esta misma tribuna exponía sus magníficos trabajos contra la enfermedad corrientemente denominada "tinta", o cuando en MUNIBE leía el trabajo que publicó mi amigo Mesanza sobre el castaño, yo en mi interior generalizaba y generalizaba mucho y me decía, que efectivamente el Phytophthora Cambivora era el autor material de la muerte del castaño, pero que más le estaba matando la patata el pan y el pino insignis. El cultivo de estas dos plantas ha producido la indiferencia del casero por su viejo amigo arbóreo. Y no hay tiña peor que la indiferencia. El castaño ha proporcionado durante siglos, alimentación para las clases pobres, como bien dice el P. Larramendi. La patata, con su versatilidad culinaria, el pan mas abundante, ha liberado al casero de un alimento tan monótono y abrumador como tiene que ser la castaña comida obligatoriamente durante todo el invierno. Por otra parte, el excelente desarrollo del pino insignis en los castañales arruinadas y en los calveros, ha hecho que no se preocupen del cultivo, repoblación o tratamientos profilácticos y curativos que están a su alcance.

Y para terminar con esta lista de cultivos decadentes, quiero hablar del otro cereal básico en nuestro caserío, que creo va a sufrir su Juicio de Dios en los próximos años. Me refiero al maíz y quizás esto suene a herejía, pero voy a exponer sinceramente mi opinión sobre el asunto.

La aparición del maíz revolucionó la economía de Guipuzcoa. Quiero aquí hacer un aparte para dedicar unas palabras a su introductor Gonzalo de Perkaiztegui, natural de Hernani, tantas veces nombrado como olvidado. Poco sabemos de él y poca o nada le recuerda. Y este olvido al máximo bienhechor de nuestra tierra, es tanto más lamentable cuanto han proliferado por todos los pueblos, mármoles y lápidas que recuerdan nombres o hechos de los que no tiene conocimiento una persona de regular cultura.

Volviendo a nuestro tema, el maíz fué alimento para personas y animales, el eje de la economía casera e incluso dió amoroso cobijo a la alubia que a su sombra adquiere singulares condiciones de suavidad.

El abaratamiento del trigo, ha traído una reducción constante del maíz como alimento humano. Para la alimentación humana, los maíces duros que se han producido en el País, son muy superiores al blando o dentado de otras zonas y por esta razón el casero siempre ha guardado sus viejas semillas.

Ya antes de 1936, los maíces de importación eran competidores fuertes de nuestros maíces como pienso para los animales.

En la actualidad, el maíz argentino o yanqui no es competidor, pero está surgiendo un terrible enemigo, que por su proximidad trae aparejado un peligro mayor. Me refiero a los maices de los secanos andaluces.

Ya antes de 1936, se ofrecían por nuestros mercados, pero el labrador andaluz, desde hace muchos años, está aprovechando hasta el máximo dos armas, que el progreso ha puesto en sus manos. La primera, es la mecanización, que en el maíz está llegando a ser total y ya vimos lo que esto supuso en el trigo. La otra, son las semillas de maices híbridos dobles que están ya en el comercio. Completa esta acción, la posibilidad actual de adquisición de toda clase de abonos químicos a precios asequibles. No es extraño que puedan poner en nuestras estaciones maices a precios que resultan ruinosos para nuestros labradores. De los recursos que disponen los andaluces, solamente la mecanización nos está vedada. De la forma en que nuestros caseros saquen rendimiento de las dos armas, que quedan en sus manos, híbridos y fórmulas racionales de abono, dependerá la evolución del caserío guipuzcoano.

Los que me han seguido hasta aquí es fácil que se hallen sometidos a una impresión pesimista, ante tantos hechos de carácter negativo.

Creo que una exposición de los que nos favorecen, anulará tan penosa impresión.

Entre éstos, está en primer lugar la lluvia. Llamo yo bendita a nuestra tan satirizada lluvia, pues ella es la que permite y ha permitido la permanencia de numerosos grupos humanos en nuestras montañas.

Las mejores obras de regadio que se puedan realizar, nunca superarán a nuestro riego natural, ni las más perfectas alternativas que se establezcan en zonas de menos de 700 mm. de lluvia anual podrán mejorar económicamente nuestra producción de forrajes.

La importancia de la abundancia de la hierba es tal, que hombre tan agudo y tan buen gastrónomo como Julio Camba, llega a decir: "Tierra de sol en sus 4/5 partes, España tiene más olivares que prados y donde no hay buenos prados no hay buena cocina, porque la gran base culinaria es sencillamente la hierba." Claro que dice seguidamente que la hierba transformada por los animales.

Es cosa sabida, que el aprovechamiento óptimo de los forrajes es consumirlos en verde y en este particular no creo que puedan temer importaciones nuestros caseros.

Los forrajes henificados de zonas de regadio, son caros y son más bien complemento de los forrajes indígenas, en las invernadas rigurosas.

Otro factor que permite augurar un buen desarrollo económico de la agricultura del País, es el de su creciente industrialización. Esta ha puesto grandes masas consumidoras a las puertas mismas del caserío, incluso hay zonas en que viven en promiscuidad los elementos agrícolas con los industriales. Los consumidores inmediatos al caserío, ahorran intermediarios (2 ó 3 para el ribereño o valenciano), transportes caros por f.c. o carretera, mermas, etc., y estas comunidades industriales consumen todos los productos que se puedan producir en un caserío.

Y en estos casos, se hacen incluso innecesarias las cooperativas para la venta, si bien son necesarias para las compras.

Además de lo que antecede, tenemos la maravillosa coincidencia de la adaptación a nuestro País del pino insignis y la demanda creciente de su madera por la industria papelera, pesquera, ferretera, etc.

Completo todo esto, con el estudio de agriculturas avanzadas, que presenten características climatológicas, demográficas análogas a las nues-

a nuestro agro, permitirían elaborar planes para la defensa de nuestros caseríos.

Por ejemplo, una tendencia a la producción de géneros de primerísima calidad, al estilo de la agricultura inglesa. Una mejora en el cebo de las reses vacunas, de las aves, frutas, productos lácteos derivados, si bien éstos no podrán ser abundantes por la creciente demanda de leche fresca. Las mismas hortalizas, pueden presentarse en casa del consumidor, en unas condiciones de presentación y frescura, que deben superar a las de importación.

Que la cosa no es imposible, lo vemos por el hecho que el labrador labortano defiende sus productos en el mercado más exigente del mundo.

Y estos o parecidos caminos, son los que a mi modo de ver tienen que seguir nuestros caseros, si quieren subsistir y mejorar sus niveles de vida.

No cabe duda que se presentarán nuevos problemas. El mismo de la repoblación de pinos planteará la escasez de leña y de helecho.

La falta de la primera, no creo que entrañe gravedad; yo creo que antes de mucho, nuestros caseros disfrutarán de la electricidad como medio de calefacción, de la misma manera que en la actualidad lo vienen haciendo, como medio de alumbrado.

Mayores dificultades traerá aparejada la sustitución del helecho, si bien hay que hacer constar, que los primeros años de pinar producen mucho helecho y cuando deja de dar helecho, es porque empieza a dar dinero y éste resuelve todos estos asuntos.

Por otra parte, los caseríos próximos a vías de comunicación pueden comprar paja en buenas condiciones, si tiene la precaución de hacerlo en la época de trilla de las zonas productoras.

Y como fin de esta primera parte, no quiero dejar en olvido una labor que se está realizando y que es trascendental para el futuro del caserío. Es el Plan de Caminos de la Diputación. Si la obra sigue sin titubeos durante unos años, llegaremos a ver una Guipúzcoa desconocida. Creo que no nos damos cuenta, tal es su importancia, de lo que se está haciendo. Si se consigue que no quede un caserío al que no se pueda llegar en carricoche o furgoneta, habremos asentado y asegurado definitivamente a nuestros caseríos.

Una mecanización de transporte, inevitable y barata será el complemento de Plan tan bien realizado.

En todo plan de mejora agraria, integrante, fundamental, es la enseñanza en sus diversos grados.

Sin ningún género de dudas, tenemos el problema de elevar el bajo nivel cultural de nuestros caseríos.

Para que estos esfuerzos culturales tengan éxito, es necesario conocer la psicología del casero.

Por esta razón, vamos ha realizar un pequeño intento para tratar de descubrir un aspecto parcial de la idiosincrasia del casero, aspecto parcial, que se refiere a los problemas agrícolas.

Como sería vana pretensión por parte mia, pretender dar a la que sigue una altura que yo no le puedo dar, me limitaré a hilvanar algunos conocimientos generales, con observaciones personales y sacar algunas conclusiones provisionales.

En la apreciación de la manera de ser del casero, el observador urbano adopta por lo general dos posturas opuestas.

Unos le observan a través de sus defectos más notables, y los consideran como astutos, zorros, irónicamente les llaman "senshillos" y llevando las cosas a su extremo, llegan a decir "al aldeano y al gorrión...". Es frecuente oír

decir que son avaros e interesados, se dice que llaman antes al veterinario que al médico, que son jugadores, glotones, amigos de las libaciones y rematan el florilegio diciendo que agrícolamente son atrasados y reacios a toda innovación. Son los Aymeric Picaud del siglo XX.

Frente a éstos, se levantan aquellos que no ven en el caserío más que el asiento de todas las virtudes, ya desaparecidas de los centros urbanos. Consideran al caserío como vestigio de una hipotética edad de oro de la humanidad.

Nosotros, que no vamos a tomar partido ni por unos ni por otros, les diríamos a los primeros p. e. lo siguiente:

Nuestros caseros, producen por hectárea mucho más trigo que el promedio de España, casi lo doblan. Y si bien no llegan a las producciones de Dinamarca u Holanda, alcanzan las de Francia.

Hay que tener en cuenta que nuestro casero no hace nunca barbecho, mientras que el labrador de Castilla hace el año y vez y dos años y vez. Teniendo en cuenta esto, no es aventurado calcular la producción de nuestro caserío por hectárea 4 ó 6 veces mayor que el de la meseta y eso que no contamos la parte que le corresponde a la cosecha de nabo.

Si consideramos a nuestros caseros con labradores más adelantados que él, como pueden ser los de la Ribera de Navarra, veremos que su retraso técnico lo compensan con una mayor transformación de los productos agrícolas y mientras el labrador ribereño vende sus productos a los almacenistas o azucareras, el casero que vive sobre sus tierras, los transforma, valiéndose de los organismos de sus animales y él mismo cierra el ciclo comercial.

Así es que resulta incomprendible para un regador ribereño, el que un casero, con menores producciones que las suyas, tenga una mayor holgura económica. Y es que además el casero, entre otras grandes virtudes, tiene una muy grande: no es hombre de café.

Otra ventaja enorme, que tiene el casero sobre otros labradores de pequeñas extensiones, es el uso que hace de los bueyes, mientras que los otros se valen de las mulas, animales estos que por diversas causas, son unos verdaderos vampiros de las pequeñas explotaciones de secano y de regadio.

A los apologistas, les podríamos decir que se nos cae la cara de vergüenza cuando vemos las entradas de los caserios, el muérdago y la falta de poda de sus manzanales, el sistema de explotación de sus aves, la instalación de sus cuadras, las semillas que emplean, la forma en que elaboran el estiércol, que los recientes temporales les hayan cogido sin paja en los desvanes, permitiendo que les hayan explotado, cuando por el importe de unas pocas meriendas hechas en innecesarias visitas a las ferias podrían haber llenado de paja sus desvanes el pasado verano.

Un hecho cierto es, que el casero ha permanecido aislada material y moralmente. Y este aislamiento ha podido producirse parte por su especial manera de ser, como por reacción a un medio hostil.

No hay más que hacer una rápida revista a la historia de nuestro País, para ver el sinnúmero de calamidades que han tenido: jaunchos, banderizas, guerras, incendios, levas, estafas sin cuento, que les han arrebatado caseríos, hijos y haciendas.

Gil Bare, con su peculiar ingenio, hacia notar que los perros de los caseríos ladran sistemáticamente a todo visitante, pues, por instinto, saben que los visitantes nunca van a llevar nada y si a sacar lo que pueden del caserío.

Claro es que estas calamidades no son exclusivas de nuestros caseros. Las han padecido en mayor o menor grado todos los campesinos del mundo.

De aquí que su tendencia al lamento sea general. Desde nuestro pastor, casi prehistórico, que se lamenta siempre y oculta sistemáticamente decir el número de sus ovejas, hasta el labrador supermecanizado del Missisipi, que se quejaba de una buena cosecha por lo esquilada que le había dejado la tierra, caben todos los campesinos del mundo. En nuestro caso, el aislamiento en que viven ha ennegrecido las tintas.

Siguiendo en nuestra marcha, vamos a ver si el casero es estática por naturaleza o por ambiente. Vamos a observarlos fuera de su ambiente. Y nada mejor que el casero emigrante para ello.

El habitante del País Vasco ya durante la Edad Media dió pruebas de su amor por la aventura. La época de los Grandes Descubrimientos fué su confirmación.

Los segundones de los caseríos encontraron en la emigración vía libre para su iniciativa, y en América principalmente, sin las trabas morales y materiales que les sujetaban en Europa, dejaron clara huella. No me refiero aquí a los descubridores y conquistadores que legaron sus nombres a la Historia. Me refiero a los pastores que conquistaron la Pampa, las sábanas de Centroamérica y las praderas de Norteamérica y a los que como labradores y comerciantes triunfaron en la emigración.

Otra actuación del casero fuera de su ambiente lo tenemos en el casero como industrial. Es el segundón o su descendiente que en cuanto deja el caserío y huele a taladrina se convierte en hombre audaz y amante de las novedades. Y mientras el mayorazgo permanece en su caserío, su hermano, tío o sobrino, en América o aquí, lucha, viaja, adelanta y es tanto o más progresivo que el segundón de zonas agrícolamente más adelantadas.

Creo que todo lo que se ha dicho del industrial guipuzcoano debiera aplicarse al casero, ya que aquél, en la inmensa mayoría de los casos, desciende de éste.

Y aquí en San Sebastián tenemos a los caseros contratistas, que edificaron más de medida ciudad. No es preciso extenderse en dar detalles, por ser conocidos por todos.

Pero, aun el casero dentro de su primitivo ambiente, da muestras de iniciativa.

El caso es significativo. Cuando en toda España la repoblación tiene que hacerse por presión oficial o al amparo de poderosas organizaciones industriales, aquí hay establecida una carrera de repoblación, y lo curioso del caso es que la repoblación se hace con una planta exótica, introducida en el País hace poco más de cincuenta años.

Creo este momento oportuno para hacer una defensa de estas repoblaciones, pues es muy frecuente oír frases de censura sobre ellas, basadas la mayoría de las veces en razones sentimentales y estéticas.

Análogas lamentaciones a las expuestas se oirían cuando el maíz sustituyó al mijo, y hoy no se puede dar paisaje guipuzcoano más típico que el de un caserío rodeado de maizales.

Si en el terreno industrial prevaleciesen estas consideraciones, no cabe duda que tendríamos pueblos más bonitos que los que tenemos, menos humo y más limpieza, claro que no tendríamos el nivel económico que tenemos en la actualidad.

El casero está defendiendo con esta repoblación, sus intereses, nuestra tierra de la erosión y facilita a la industria madera de la que está necesitada.

Indudablemente, nos agrada más ver los montes con hayas que con pinos, pero la cosa no es para rasgarse las vestiduras, máxime cuando en el trans-

curso de pocos años hemos visto transformados nuestros maravillosos ríos en verdaderas sentinas.

A la vista de estos hechos, creo que ya podemos decir que nuestros caseros no son retrógrados por naturaleza.

Si examinamos con más detalle el caso del casero emigrante, toparemos con detalles de interés. Veremos que los éxitos más espectaculares los ha conseguido como pastor.

También aquí y en América los ha tenido y los está teniendo como constructor.

En su vida de caserío se ha distinguido más como ganadero y hombre de bosque que como labrador.

La consideración de estos datos nos lleva hacia la prehistoria y la etnografía.

Barandiarán, con su precisión peculiar, ha hecho una descripción de reminiscencias prehistóricas en nuestra vida actual. Son muchas y de más importancia de la que un profano pudiera pensar.

Nosotros, aun con riesgo de patinar en hielo delgado, vamos a hacer una aportación a este asunto.

Es generalmente admitido que la práctica de la caza precedió a la de la ganadería y ésta a la agricultura, siendo la horticultura práctica encamendada a las mujeres ya en el tiempo de los hombres cazadores, si bien en forma rudimentaria.

Si estudiamos la vida del caserío, veremos que la predilección del casero es por sus ganados, y que hoy la ganadería es mucho más progresiva que la agricultura. La agricultura viene a ser casi un mal necesario, contrariamente a lo que le sucede al labrantiñ castellano con sus mulas...

Y no solamente es de tendencias ganaderas el casero, sino que también el elemento rector urbano ha fomentado más la ganadería que la agricultura.

En el caserío, hay faenas que están encomendadas exclusivamente a las mujeres, tal son el cultivo del lino, el cuidado y venta del cerdo, la cría y venta de aves y sus productos. Esto, a mi modo de ver, tiene también, sabor prehistórico.

En las labores agrícolas interviene en pie de igualdad con el hombre. Hasta en los clásicos grupos de layadores, se ve a las mujeres, realizando en plan de igualdad, tan duro trabajo, con los hombres. En las demás faenas agrícolas, sigue la misma tónica. La huerta es de casi su exclusiva incumbencia, así como la venta de sus productos y también la de las frutas.

Por el contrario, el hombre, aparte de su colaboración en los trabajos agrícolas, es quien dispone del ganado y de la venta de sus productos. Las características actuales de la venta de leche, han alterado la última fase, por estar su venta encomendada a la mujer o a los hijos menores.

En los trabajos de bosque, apenas si admite la colaboración de la mujer, ni en repoblaciones, podas, carboneo o venta y entrega de leñas.

La misma tendencia ganadera, se refleja en los juegos preferidos por él, la prueba de bueyes y la de carneros. La tendencia forestal en la prueba de hachas y la constructora en el levantamiento de piedras. Es curioso el hecho, que entre estos cuatro juegos que he considerado; como máximos favoritos de los caseros del Goyerri, en dos la piedra es elemento fundamental y los cuatro se practican con sencillez parecida a la que se podrían celebrar hace 4.000 años. Casi no hay apuestas de tipo agrícola, y las de siega son de hierba (para el ganado) y no de trigo.

Con lo que antecede, creo podemos decir, que la economía del caserío se asienta sobre una base mixta ganadera-agrícola con dos tendencias divergentes: por un lado, el casero prefiere el ciclo ganadero, pero por otro, los

apremios de las masas urbanas consumidoras le exigen productos hortícolas con ritmo creciente, además de los productos animales.

Los ingresos del caserío, cada vez pasan en mayor proporción por manos de la mujer, por venta de leche, aves, huevos, frutas y verduras, y esto, lo mismo que ha pasado en otros pueblos, tendrá su repercusión en la organización de nuestro caserío y en sus costumbres. El hombre se resiste a trabajar y a mejorar la huerta e incluso a consumir sus productos, pero lo que nos enseñan los caseríos próximos a los centros urbanos y turísticos, parece ser el camino que en el futuro seguirán la mayoría de nuestros caseríos.

Podríamos concretar lo que hemos dicho en breves líneas:

1.^o La producción de granos se halla comprometida por la competencia de otras zonas.

2.^o La industrialización del País está teniendo una repercusión en la producción del caserío, por una demanda creciente de productos animales y hortícolas.

3.^o La especial situación de nuestros caseríos permite su defensa económica, pese a la pequeñez de sus terrenos y lo accidentado de los mismos.

4.^o Las tendencias ancestrales, parecen, pesar todavía mucho en la maneras de actuar de nuestros caseros, acentuando su inclinación ganadera.

5.^o El casero es receloso y reacio a innovaciones más por circunstancias ambientales que genéticas.

6.^o La repoblación forestal, constituye ya de hecho, un gran refuerzo de la economía del caserío.

En mi modesta opinión, las posibles mejoras del caserío tienen que venir a través de estos caminos y de algunos otros que indudablemente existen.

Creo sinceramente que podemos confiadamente mirar el porvenir de nuestro agro y que los elementos rectores cumplirán con acierto la misión que tienen encomendada.

Y para terminar, quiero dejar colgando una pregunta, a la que vez que sirva de contestación a tanta crítica peregrina que se ha hecho de nuestros caseros por diez años que hayan podido ser buenos, después de siglos de trabajos y miserias.

Si el dueño de un caserío retribuyese a sus familiares colaboradores, como los tendría que retribuir si no fuesen allegados suyos, y les aplicase la moderna legislación social de ocho horas, salarios base, horas extraordinarias, días abonables, recuperables, vacaciones, seguros sociales, etc., es decir, si el familiar del casero, estuviese equiparado al último obrero industrial ¿hubiese sido negocio el caserío?

